

## Una carta inconclusa a Dámaso Alonso

VIEJA, muy vieja ya, una pobre mujer ha muerto hace poco. No ha dejado más que unos trastos de escaso valor y algunos papeles manuscritos, que por razones que no son del caso han venido a parar a mis manos. Entre esos papeles había una carta dirigida al poeta Dámaso Alonso; y aunque yo no puedo dar el nombre de tal mujer, como la curiosidad de tantos y tantos eruditos desearía, he pensado que tal vez a ella no le disgustase ver publicada su epístola. Si la escribí es porque sin duda pensaba enviarla un día a su destinatario; y por otra parte, el tema sobre que versa no les pertenece tan solo a ella y al poeta, sino que —en mi opinión, al menos— interesa a toda la humanidad culta. He aquí su texto:

Sr. D. Dámaso Alonso  
Madrid

Mi distinguido señor: Permítame que me presente a usted de sopetón; mejor dicho, que de sopetón le diga quién soy yo, porque usted, a su manera de poeta, parece saber de mí muchas cosas y muy hondas: soy la mujer que usted vio un día con una alcuza en la mano poco después de acabada nuestra maldita guerra civil;

maldita, sí, porque no hay guerra que pueda ser bendita, y menos las civiles. Más claro: soy la persona a la cual se refiere la poesía «Mujer con alcuza» que usted publicó en su libro *Hijos de la ira*. No tardé mucho tiempo en descubrir ese retrato mío; porque yo, aunque usted, por lo que de mí dice, no parezca pensarlo así, soy mujer de algunas letras y procuro leer y rumiar los libros que se hacen famosos, como bien pronto sucedió con el suyo. De joven tuve mis principios y aprendí a distinguir lo bueno de lo que no lo es; luego vinieron las cosas mal, y si al fin me he visto como ahora me veo y como hace años me vio usted, eso es cosa larga de explicar. Más aún le diré, para que se haga cargo de lo que le razono en esta carta. Desde el momento en que leí mi retrato en su versos y tuve noticia del revuelo que levantó por todas partes, me he ido procurando todo lo que sobre él se ha escrito, que ya no es poco, y esto ha traído mucha harina nueva a los principios de mi juventud y casi, casi ha hecho de mí lo que la gente llama una persona ilustrada. Vamos, que he aprendido a escribir un poco como ustedes, los del oficio, y a bucar en lo que leo lo que la letra lleva en su revés además de lo que enseña por su cara. Una cosa más que le tengo que agradecer a usted, sin que usted lo sospeche.

Una cosa más, pero no la primera. Porque yo, don Dámaso, le estoy agradecida. No, no es porque usted me haya hecho famosa, que ni eso ha sido así, porque nadie sabe que la «mujer con alcuza» soy yo, y solo puede haber fama para una persona cuando se airea su nombre, ni eso, usted lo sabe bien, es cosa que a mí me importe mucho. Nunca ha sido así, y menos iba a serlo a mis años y en este estado mío. No, no es por eso, don Dámaso. Yo le estoy agradecida a usted por dos razones principales: la primera, que usted ha sabido decir de mí cosas que yo sentía en mi interior

y nunca hubiera sido capaz de decirlas; y la segunda, que me haya querido tomar como ocasión para poner en verso dos o tres verdades como puños sobre lo que, cuando bien se le mira, es este perro oficio de ser hombre, si se puede llamar oficio a un quehacer en que te han metido sin consultarte antes.

¡Qué emoción la mía, don Dámaso, cuando por vez primera me leí los versos de esa poesía suya! Yo, que hace años vivo sola, porque el único hijo que tenía me lo mataron en la guerra, y su padre se marchó con otra, y con ella anda no sé por dónde, siempre he pensado, hasta cuándo aquel hombre estaba conmigo y el hijo, al llegar tarde a casa, me llamaba «madre» en la oscuridad, yo siempre he pensado, aunque sin saber decirlo, que el estar sola por dentro, el ver y oír a los demás como si fuesen animales o máscaras de otro mundo, es cosa que se va haciendo más y más cierta conforme una va metiéndose más en sí misma y conforme se le va haciendo más claro a una, o a uno, que igual será para los hombres, digo yo, lo que de verdad una es. Toda gris me vio usted, según dicen sus versos, la tarde en que se cruzó conmigo cuando yo volvía con mi alcuza de comprar un cuartillo de aceite: grises mis ojos, como de acero frío, y es verdad que son así; gris el pañuelo con que ese día me resguardaba del cierzo la cabeza y el cuello, y bien cierto es que así era; gris, en fin, mi propia alma, que usted se tomó la libertad de pintarla como si la tuviera delante de sus ojos. ¿O acaso no es así? Usted habla, de memoria me sé su poesía, del «paisaje desolado de su alma». Y yo tengo que decirle que en esto no llevan sus palabras tanta razón. Aquella tarde, si no la recuerdo mal, yo no tenía el alma gris, sino negra, porque iba pensando en mi suerte, y esta no puede ser más negra; tan negra es, que aunque yo no viesse entonces junto a mi camino esas zanjas que usted nombra, y que por lo que yo comprendo

deben de ser imaginaciones de tumbas recién abiertas, lo que yo sentía dentro de mí era un medio deseo, solo medio, porque de haber sido entero me habría ido derechita al Metro o al Viaducto, de que el suelo se abriera de repente debajo de mis pies y se tragase de una vez este harapo de vida que aún me queda. Por lo cual, don Dámaso, yo le digo que el paisaje de mi alma no estaba entonces gris, sino negro y bien negro, como esas pinturas de Goya que algunos domingos, si me templo un poquito por dentro y recuerdo sin amargura esos principios que antes le mencioné, voy a ver en el Museo del Prado.

Cuando de verdad se me pone el alma gris, pero gris brillante, y en esto sí que tiene usted toda la razón, es cuando por la noche me paso horas y horas sin dormir, voy metiéndome más y más dentro de mí misma y considero que esa soledad mía tiene que ser la soledad de todos los hombres, aunque con sus idas y venidas y con su esto compro y esto vendo muchos se aturden y no se den cuenta cabal de lo que ellos son en realidad, por debajo de lo que tienen y de lo que hacen. Vamos, cuando voy viajando dentro de un tren vacío,

*en el enorme tren vacío  
donde no va nadie  
que no conduce nadie,*

si usted me deja decirlo con unas palabras que ya son tan mías como suyas.

¡Qué grandísimo acierto el suyo, don Dámaso, con la tirada de versos en que me mete dentro de ese tren! La verdad es que un tren así no lo conozco, porque no tengo en la memoria más trenes que el que va a Si-güenza, donde yo tenía una hermana, y el que cuando era niña y las cosas me iban mejor, tomaba con mis padres para veranear en Alicante; y por cierto que en

esos trenes la mareaba a una el ruido de la conversación, como en ese que usted tan bien pinta, pero como el viaje no era de noche, más se olía a fritanga y a sudor reciente que a nicotina rancia. Tengo que decirle, sin embargo, que eso que usted escribe de mi viaje en tren, del viaje en tren que todos los hombres, a mi modo de ver, están haciendo cuando sienten que pasa su vida y ellos están solos, como tantas veces ocurre en esa oscuridad de las horas de insomnio que te envuelve, te aprieta y parece que te deslumbra por dentro, eso, don Dámaso, es lo que sin saberlo declarar tan rebién como usted lo declara y sin columbrar siquiera que la comparación con el viaje y con el tren le va como anillo al dedo, yo lo he sentido muchas y muchas veces en la quietud y en la atroz soledad de mi cama. Déjeme copiar aquí lo que yo pienso que es ya más mío que de usted:

*Y esta mujer se ha despertado en la noche,  
y estaba sola,  
y ha mirado a su alrededor,  
y estaba sola,  
y ha buscado al revisor, a los mozos del tren,  
y estaba sola,  
y ha gritado en la oscuridad,  
y estaba sola,  
y ha preguntado  
quién conducía,  
quién movía aquel horrible tren.  
Y no le ha contestado nadie,  
porque estaba sola,  
porque estaba sola.*

Enorme verdad: atroz verdad sobre mí, don Dámaso, y después de haberle leído a usted y a los muchos que le han comentado, creo que sobre todos los hombres.

Pero yo, que no soy poeta ni sabia, desgraciada de mí, que no soy más que una pobre mujer que ha aprendido a pensar sobre sí misma gracias a sus versos y a lo que desentrañando sus versos otros han escrito, yo, don Dámaso, voy a decirle algunas pequeñas cosas más que a lo mejor completan por dentro esa gran verdad del tren. Perdóneme si esto que le digo, bien mirado por los que saben más que yo, no pasa de ser una bobada o una impertinencia.

Verá. Algunas veces, en lo más prieto de esas noches del verano que te sofocan y como que a fuerza de calor te soliviantan la piel y la sangre, y cuando más reciamente me barrenaba el alma esa soledad del tren que usted ha pintado como nadie, sucedía que al sacar yo de debajo de la sábana la pierna desnuda venía de repente una bocanadita de viento que sería tibio, pero que a mí me refrescaba; y al sentir el alivio y el gusto de ese refrescor, ya ve usted con qué pequeña cosa, me parecía de repente que el mundo no era tan malo, y que la acariciaba y la acompañaba a una, y hasta que era bueno; y entonces me venían a las mientes la voz de mi hijo muerto cuando hace años me llamaba «madre» en la oscuridad, y el abrazo de mi padre cuando yo llevaba del colegio buenas notas y me decía con aquel vozarrón suyo como de padre de otros tiempos: «¡Bravo, hija!», y hasta vergüenza y rabia me da contarlo, los besos de aquel mal nacido que me dejó por otra, y en el fondo de mi negra soledad, créame, ya no estaba sola.

Pero ¿qué le voy a decir yo a usted, si hasta estas cosas las ha adivinado en sus versos? Allá entre dos luces, usted me vio un día andar con mi alcuza en la mano, encorvada sobre el suelo, como si mi cuerpo entero, buena ocurrencia la suya, don Dámaso, no fuese más que un signo de interrogación sin respuesta o con muchas respuestas posibles. Qué quiere, hijo, los años, las hambres y las penas no dan para más. Y luego

se pregunta usted a sí mismo lo que puede significar esa interrogación que en sus ojos de poeta dibujaron los huesos de mi cuerpo, y termina con algo que parece que usted quisiera que fuese respuesta afirmativa y que no acaba de ser pregunta. Así:

*¿O es que como esos almendros  
que en el verano estuvieron cargados de demasiada fruta,  
conserva aún en el invierno el tierno vicio  
guarda aún el dulce álabe  
de la cargazón y la compañía  
en sus tristes ramas desnudas, donde ya no se posan los  
[pájaros?*

Pues yo le digo, don Dámaso, que después de haber leído y rumiado tantas veces sus versos, cuando en las más duras noches del verano me ha venido sobre la pierna el alivio de esa bocanadita de aire refrescante, sin quererlo yo, algo dentro de mi alma ha respondido «Sí» a la pregunta de usted, y hasta me ha parecido que mis piernas y mis brazos dejaban de ser tristes ramas desnudas, y que su piel ya no era vieja y seca, y que hasta los pájaros podrían posarse sobre ella y sobre ella hacer nidos. A lo mejor, una simple bobada; pero yo le aseguro con toda mi verdad que así es.

¿Me deja presumir de leída y recordar unos versitos que usted sabrá mejor que yo? Son de otro poeta que a usted, por lo que he podido comprender, le gusta mucho, y que a mí, como se decía cuando yo era joven, me derrite; de don Antonio Machado:

*Tengo a mis amigos  
en mi soledad.*

Pues mire, don Dámaso, eso es lo que me sucede cuando mi soledad no es pura llaga y consiente que

pase hacia mí un poquito del oreo del mundo: que de repente, por dentro de esa soledad o por debajo de ella, dejo de estar sola, y que esos medios deseos de irme un día al Metro o al Viaducto no son más que eso, medios deseos, porque por el otro lado llevan ese otro medio deseo de vivir que da el no estar tan desesperadamente sola, aunque lo que la acompañe a una no sean más que puros recuerdos. Bien sé que don Antonio da remate a esos dos versitos con otros menos suaves, los que dicen:

*Cuando estoy con ellos,  
¡qué lejos están!*

pero yo me atrevería a decirle a don Antonio lo que él bien sabía, que eso no ocurre siempre, cuando de verdad uno tiene amigos, cosa que a mí ahora, por mi desgracia, no me pasa, y que aún en los momentos en que los amigos están lejos de uno, no dejan de estar con uno, como la hermana que yo tenía en Sigüenza, que estaba lejos, es verdad, pero que yo sabía que siempre podría contar con ella, y esto siempre me acompañaba.

Y ahora lo más importante, y a mi parecer, don Dámaso, lo más serio: que desde que leí sus versos sobre mí, ya no me he sentido nunca enteramente sola, porque usted, mi poeta, el hombre que sin que yo pudiera sospecharlo había adivinado lo que yo soy, y si usted me apura hasta que yo soy, me estaba acompañando de lejos. Tanto, que el leerme a mí misma en su poesía, el verme, como ya le he dicho, adivinada en ella, y en definitiva el sentir que alguien a quien yo no he visto nunca me comprendía, me compadecía y me quería por lo que soy y por lo que represento, me dio y me sigue dando ganas de vivir, y ya no me veo tan rodeada de esas zanjas y esas cruces a que usted se refiere en su poesía. Y entonces, dispéñeme este atrevimiento que no sé si será una tontería o una cavilación que a usted, por ser

mía, pueda servirle para algo, entonces, don Dámaso, se me ocurre pensar si todos los hombres juntos, cada uno con su riqueza o con su miseria, con su dicha o con su desventura, no tendremos quién sabe dónde, a lo mejor dentro de nosotros mismos, en ese fondo oscuro que nos parece tocar cuando estamos más solos, un enorme poeta invisible que nos comprenda a cada uno hasta en lo que nosotros mismos no nos comprendemos y nos quiera tal y como cada uno somos, aunque algunos, como yo, no vayamos más allá de ser pura miseria. En fin, perdóneme que haya empezado a meterme en camisa de once varas; pero es que me parece que a usted yo no puedo y no debo callarle nada.

Algo más que mi soledad y la soledad de todos ha visto usted en mí; porque en mí se ha encontrado de golpe con la injusticia del mundo, con ese «bestial topetazo de la injusticia absoluta», para decirlo copiando una vez más sus propias palabras. Yo me atrevo a pensar, rectifíqueme, por favor, si me equivoco, que esa injusticia es la de todos los hombres que sufren miseria, dolor y abandono sin haberlos merecido, la que padecen los pobres cuando lo son de veras y los desgraciados a quienes parece que su mala suerte y la mala voluntad de los otros se les han juntado para devolverles mal por bien; esa injusticia que yo llevo sobre mis carnes y que unas veces me subleva contra todo y otras me hace hundirme en una tristeza sin orillas y sin fondo. Gracias, mil y mil gracias otra vez, don Dámaso, por haberme tomado como ejemplo, como ejemplo vivo, sí, y no como simple ocasión, para denunciar en verso y de verdad la gran injusticia de este mundo.

En lo que a este punto toca, nada tengo que responderle. Pero sí quisiera decirle a usted lo que usted más adivina que sabe; vamos, el detalle de la injusticia que ahora me hace estar sola y andar gastando suela y gastando losa, con una alcuza en la mano o sin ella, camino

de la ayuda que me permita seguir malviviendo un día más. ¡Ay, don Dámaso, quién me ha visto y quién me ve!

\* \* \*

Aquí y así termina la carta que la mujer con alcuza pensaba concluir poco a poco —porque con cierta premiosidad, como cuando se usaban plumas de ave sobre papel rugoso, parece estar manuscrito lo que antecede— y remitir al poeta que la ha hecho mundialmente famosa. ¿Qué otras cosas habría seguido diciendo esa mujer acerca de sí misma? ¿Cómo, a su manera, las habría interpretado? Solo Dios lo sabe y solo Dámaso Alonso podría en alguna medida adivinarlo. ¿Me perdonará este que me haya atrevido a publicar sin su permiso una carta a él dirigida? Confío en que sí. Después de todo, ya lo dije al comienzo, la relación entre él y esta innominada mujer, como la relación entre Cervantes y Don Quijote o entre Unamuno y Teresa, es desde hace años cosa que a todos nos pertenece.

*Pedro Laín Entralgo*

Madrid